

No hay amor más grande

“La mayor declaración de amor es la que no se hace; el hombre que siente mucho, habla poco”.
Platón.

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

Agustín de Hipona, dice: “Ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor”. En fin, si hacemos del Amor el motor de nuestras acciones, estoy seguro que todo irá mejor y siempre buscaremos el bien de nuestra familia. Sin duda que si quieres que tu familia te ame y te acepte, entonces debes amarlos y aceptarlos tú a ellos.

Con mucha facilidad juzgamos a los demás y olvidamos que detrás de cada persona hay una historia y una razón. Nadie sabe lo que los otros están pasando, y cada uno lucha por su propia guerra interior, sin duda que debemos hacer una pausa a conciencia antes de juzgar.

Para que el amor fraterno sea realmente verdadero, debe ser tal que el bien de uno sea para el bien de todos, y el mal de uno lo sientan todos. El amor fraternal se refiere al afecto que existe entre hermanos que se extiende a los demás integrantes de la familia, incluyendo a los amigos más apreciados.

No existe el amor sino las pruebas de amor, y la prueba de amor a aquel que amamos es dejarlo vivir libremente. Un optimista es el que cree que todo tiene arreglo. Un pesimista es el que piensa lo mismo, pero sabe que nadie va a intentarlo. El amor es un sentimiento de afecto y cariño universal, y fraternal se refiere a lo que es propio de hermanos. Se origina de la gratitud, reconocimiento y convivencia familiar.

El amor depara dos máximas adversidades de opuesto signo: Amar a quien no nos ama y ser amados por quien no podemos amar. Sin embargo, cuando se hace mención al amor fraternal también se incluyen a todas aquellas personas que, aunque no sean nuestros hermanos

consanguíneos, de una u otra manera los consideramos así por la relación de amistad y cariño que existe.

El amor fraternal implica un conjunto de sentimientos y acciones que se dan de manera desinteresada y se comparten con todos aquellos individuos que están a nuestro alrededor. Es por ello que se considera como el amor que nos debemos tener todos los seres humanos por igual, en especial si recordamos que todos somos de Dios. Este amor se debe cuidar, cultivar y promover como un aspecto importante de la vida. El amor fraternal genera un conjunto de sentimientos que invitan a cuidar el uno del otro, estar atento a lo que le ocurre a nuestro hermano o amigo para prestarle la ayuda que necesite.

Hombre viejo no necesita consejo. Como dice, el filósofo griego Platón: “La mayor declaración de amor es la que no se hace; el hombre que siente mucho, habla poco”. El amor es la alegría de los buenos, la reflexión de los sabios, el asombro de los incrédulos. De ahí que el amor fraternal fomente sentimientos tan nobles como el cariño, respeto, humildad, confianza, estima, lealtad, compasión, entre otros. Por ejemplo, entre hermanos o amigos las personas se cuidan y en caso de peligro, se protegen y auxilian sin importar el riesgo que esto pueda implicar.

No creo que haya que lamentarse sobre el propio destino, pero a veces es muy duro. Otro ejemplo, puede ser que los hermanos siempre se dan apoyo e, incluso, hasta reconocen sus necesidades porque se ven reflejados uno en el otro, han crecido en el mismo hogar, educados por las mismas personas y, generalmente, compartido las mismas experiencias, por eso saben cuándo están bien y cuándo no. Todo lo débil es viejo, todo lo fuerte es joven. La felicidad no consiste en adquirir y gozar, sino en no desear nada, pues consiste en ser libre.

Si tuviésemos suficiente voluntad casi siempre tendríamos medios suficientes. El problema no es saber demasiado, el problema es que los demás sepan que tú sabes demasiado. Pues la religión cristiana fomenta entre sus enseñanzas el amor fraternal, al prójimo. Para la

fe cristiana, el amor fraternal es un vínculo espiritual que une a las personas más allá de la fe que se practique.

El secreto de un buen jugador es saber descubrir qué espera el otro, y saber hacerlo creer que va a obtenerlo. La naturaleza se basta así misma; por esto vence con lo menos y con lo seguro, las demasías de la esperanza. Sin duda que la conciencia recta se ríe de las mentiras de la fama. “No hay ninguna cosa buena que no tenga su base en la razón”, Séneca. El amor ahuyenta el miedo y, recíprocamente el miedo ahuyenta al amor. Y no solo al amor el miedo expulsa; también a la inteligencia, la bondad, todo pensamiento de belleza y verdad, y solo queda la desesperación muda; y al final, el miedo llega a expulsar del hombre la humanidad misma.

Estudiemos estos puntos de vista necesarios para ahondar más en la reflexión del amor fraterno. No existe amor en paz. Siempre viene acompañado de agonías, éxtasis, alegrías intensas y tristezas profundas.

1. Cuando más se juzga, menos se ama
 - a. Amar fraternalmente
 - b. Una evidencia de la salvación
2. Amar como Jesús
 - a. Un amor que cuidar
 - b. No te quejes de sufrir
3. El llamado a la misericordia

Permanecer en el amor da como fruto la alegría plena. A esto nos invita Cristo, éste es el plan de amor que tiene sobre nosotros. Él quiere que encontremos su propia alegría, la alegría que es más resistente que los clavos de la cruz y la roca del sepulcro. La alegría de amar como el Padre ama al Hijo y como el Hijo nos ama a nosotros. Amar y ser amado, ésta es nuestra parada, nuestro destino y nuestra plenitud.

1. Juzgar es lo que nos derrota

Somos bastante rápidos en juzgar, en tratar de adivinar las intenciones de los demás y el porqué de sus actos o al menos eso pensamos. Quien juzga se equivoca, toma un lugar que no es suyo. Pronto se

arrepiente el que juzga apresurado. Cuando más se juzga, menos se ama.

“

El que se crea en juez de la verdad y el conocimiento es desalentado por las carcajadas de los dioses”, Agustín.

Jesús me escogió. Me creó y me llamó porque Él me ama. Yo también quiero responder generosamente a su llamado. Las relaciones entre Jesús y los discípulos asumen una intensidad particular en esta breve perícopa, donde se afronta el tema del mandamiento del amor fraterno: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (v.12). Pues en donde hay orden hay carácter. Jesús dice que debemos amarnos el uno al otro, así como Él nos ha amado, dando su vida por nosotros en la cruz.

El amor jamás reclama; da siempre. El amor tolera, jamás se irrita, nunca se venga. Los mandamientos que debe observar la comunidad mesiánica están compendiados en el amor fraterno. Este precepto del Señor glorifica al Padre. Supone vivir como verdaderos discípulos y dar como fruto el testimonio.

Ten en cuenta que el gran amor y los grandes logros requieren grandes riesgos. Ahora bien, la calidad y la norma del amor al hermano son una sola: El amor que Jesús tiene por los suyos, un amor que ha llegado a su cima en la cruz. La cruz es el ejemplo de la entrega de Jesús hasta el extremo por sus discípulos: Ha entregado su propia vida por aquellos a los que ama. Lo que desea, a cambio, de los suyos es la fidelidad al mismo mandamiento siguiendo su ejemplo. La riqueza del amor que une a Jesús con los suyos, y a los discípulos entre ellos es, en consecuencia, total y de una gran calidad.

El verdadero amor no es otra cosa que el deseo inevitable de ayudar al otro para que sea quien es. El amor aborrece todo lo que no es amor.

Escribamos el pasaje bíblico:

“Este es mi mandamiento: Que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene amor más grande a sus amigos que el que da la vida por ellos. Ustedes son mis amigos, si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que le he oído a mi Padre. No son ustedes los que me han elegido, soy yo quien los ha elegido y los ha destinado para que vayan y den fruto y su fruto permanezca, de modo que el Padre les conceda cuanto le pidan en mi nombre. Esto es lo que les mando: Que se amen los unos a los otros” (Jn 15,12-17).

El modelo del amor de Jesús por sus discípulos no tiene que ver solamente con el sacrificio de su vida, sino que contiene también otras prerrogativas: Es relación de intimidad entre amigos y don gratuito. El signo mayor de la amistad entre dos amigos consiste en revelarse los secretos de sus corazones. El amor de amistad, del que nos habla Jesús, no se impone; es respuesta de adhesión en el seno de la fidelidad.

Los líderes como Jesús se distinguen de los demás por su constante apetito de conocimientos y experiencias, y, a medida que su mundo se amplía y se vuelve más complejo, sus medios de comprensión también se multiplican y se refinan. Es tan claro el camino que hasta causa dolor. Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde. Fácilmente estará contento y sosegado el que, de verdad, tiene la conciencia limpia. El Maestro, al hacer partícipes a sus discípulos de los secretos de su vida, ha hecho madurar en ellos el seguimiento, les ha hecho comprender que la amistad es un don gratuito que procede de lo alto.

Lo que no se empieza no se acaba. La amistad es tan hermosa como el amor; es el amor mismo, desprovisto de las encantadoras volubilidades de las cosas. La verdadera amistad se sitúa en el orden de la

salvación. Jesús ya no es para ellos el Señor, sino el Padre y el confidente, y ellos ya no son siervos, sino amigos. Convertirse en discípulo de Jesús es don, gracia, elección y certeza de que nuestras peticiones dirigidas al Padre en nombre de Jesús serán escuchadas.

El hombre a quien el dolor no educó siempre será un niño. Mi mandamiento, el que resume todos los otros, el que distingue a un discípulo de Jesús de todos los demás, el que Juan llamará también 'mandamiento nuevo', el típico e inconfundible de Jesús, es sencillo y exigente: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado". Seguir a Jesús consiste en amar al hermano hasta dar la vida por él, precisamente como hizo Jesús, el Hijo que bajó para dar la vida por mí.

Dar la vida no significa sólo 'morir' por los hermanos. Puede ser incluso hermoso y deseado, en ciertos momentos en que sentimos en nosotros un particular impulso de generosidad. Dar la vida significa gastar nuestra propia vida para que sean felices los que viven junto a mí. Significa que cada mañana debo preguntarme cómo puedo hacer para no ser una carga para los que viven conmigo. Significa soportar sus silencios y sus 'malas caras', aceptar los límites de su carácter, no extrañarse de sus contradicciones ni de sus pecados. Significa aceptar a mi prójimo tal como es, y no tal como debería ser.

La paradoja del amor es, ser uno mismo, sin dejar de ser dos. Amarse a uno mismo es el principio de una historia de amor eterna. El amor verdadero hace milagros, porque él mismo es ya el mayor milagro. Cuando el Señor mandó a su pueblo amar al prójimo como a sí mismo (Lv 19,18), no había venido aún a la tierra; de suerte que, sabiendo hasta qué punto se ama la propia persona, no podía pedir a sus criaturas un mayor amor al prójimo. Pero cuando Jesús dio a sus apóstoles un mandamiento nuevo, su mandamiento, no habló ya de amar al prójimo como a sí mismo, sino de amarlo como Él, Jesús, lo amó y lo amará hasta la consumación de los siglos.

a. Amar fraternalmente

Cuando nace un niño, como de costumbre, se enciende una estrella, para que lo alumbre. En toda historia de amor siempre hay algo que nos acerca a la eternidad y a la esencia de la vida, porque las historias de amor encierran en sí todos los secretos del mundo. El verdadero amor no es otra cosa que el deseo inevitable de ayudar al otro para que sea quien es.

Compartamos esta experiencia de vida:

“En octubre de 1995 ocurrió un caso médico asombroso, y conmovedor, que cambiaría los conceptos del cuidado neonatal de los Estados Unidos y otros países. Es la historia de las gemelas Kyrie y Brielle Jackson, que nacieron prematuramente, doce semanas antes de lo previsto. La historia llegó a ser conocida como ‘el abrazo del rescate’, debido a que una de las niñas, al borde de la muerte debido a serias complicaciones cardíacas y respiratorias, comenzó a mejorar tan pronto como su hermana fue puesta junto a ella en la misma incubadora y ésta la abrazó. Hasta ese entonces, el protocolo médico en los Estados Unidos exigía que ambas fueran puestas en incubadoras diferentes, para evitar el contagio de alguna posible infección”.

Este suceso ilustra muy bien el gran tema del amor fraternal, sobre el cual queremos reflexionar en esta oportunidad. Nos referimos, más específicamente, al amor fraternal en el contexto de la Iglesia ¿Qué significa amar fraternalmente? ¿Cómo se expresa y cómo podemos fomentar este amor en nuestra propia comunidad?

El amor jamás reclama; da siempre. El amor tolera, jamás se irrita, nunca se vengá. Hay siempre un poco de locura en el amor. Más también hay siempre un poco de razón en la locura.

En la vida todo vicio trae siempre su consiguiente excusa. Amar fraternalmente; el Apóstol Pablo, dice: “Ámense los unos a los otros con

amor fraternal, respetándose y honrándose mutuamente”, (Rm 12,10). “Hay tres clases de compañeros: Unos buenos, otros malos, y otros, en fin, que no son ni lo uno ni lo otro. Debéis procurar la amistad de los primeros; ganaréis mucho huyendo completamente de los segundos; en cuanto a los últimos, tratadlos cuando os sea necesario, evitando toda familiaridad”, Don Bosco. Donde hay fe hay amor, donde hay amor hay paz, donde hay paz esta Dios y donde está Dios no falta nada.

En el diccionario castellano, ‘fraternal’ significa ‘propio de hermanos’, y, de hecho, la palabra griega que se traduce ‘amor fraternal’ en la Biblia es el vocablo ‘filadelfia’ (φιλαδελφία), que es la palabra para ese sentimiento de afecto y confianza que es propio entre hermanos de sangre. El término evoca entonces a la unión entre dos o más personas mediante un fuerte vínculo afectivo.

El amor, para que sea auténtico, debe costarnos. Por eso es que el amor fraternal incluye profundos sentimientos, como: Cariño, respeto, confianza, unidad, estima, compasión y lealtad. Este amor

permite a los creyentes crecer en madurez como comunidad y desarrollar una fe firme, gozosa y perseverante, y se hace especialmente necesario en los tiempos de dificultad.

El futuro no es un regalo,
es una conquista.

El Apóstol Pedro estimuló a los cristianos del primer siglo que sufrían por su fe: “En fin, vivan en armonía los unos con los otros; compartan penas y alegrías, practiquen el amor fraternal, sean compasivos y humildes” (1Pe 3,8). De esta manera ellos permanecerían constantes hasta el triunfo final sobre todas las adversidades. Sin duda que las tristezas no se quedan para siempre cuando caminamos en dirección a lo que siempre deseamos.

b. Una evidencia de la salvación

El amor no se mira, se siente, y aún más cuando ellos están junto a ti. No hay disfraz que pueda largo tiempo ocultar el amor donde lo hay, ni fingirlo donde no lo hay. Ningún otro en toda la Biblia escribió tanto sobre el amor de Dios y entre los creyentes como lo hizo el Apóstol Juan. Este hecho bien le ha valido el título de ‘el Apóstol del amor’. En su Primera Carta podemos aprender muchísimas cosas sobre el amor fraternal que debe caracterizar a los seguidores de Jesús, pero quizás lo más interesante en la argumentación de Juan sea que este amor constituye una especie de evidencia de nuestro nuevo nacimiento.

No hay como el orden para enseñar a ganar tiempo. Porque no existe ningún punto de partida si no se sabe bien a donde ir. “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte” (1Jn 3,14). ¿Cómo es esto? En la teología de Juan, ‘el amor viene de Dios’, por lo cual solamente aquel que ‘ha nacido de Él y lo conoce’ puede amar verdaderamente. Piense en las implicaciones: ¡El Apóstol nos está diciendo que únicamente los hijos de Dios están capacitados para amar de verdad!

Siguiendo este hilo argumentativo, Juan señala que el amor fraternal entre los cristianos obedece a una dinámica de aprendizaje-imitación. Los creyentes hemos llegado a conocer lo que es el amor al comprender el sacrificio de Jesucristo por nosotros, y esta comprensión a su vez nos impulsa a imitar su ejemplo amando a nuestros hermanos hasta el punto del sacrificio personal:

“ En esto conocemos lo que es el amor: En que Jesucristo entregó su vida por nosotros. Así también nosotros debemos entregar la vida por nuestros hermanos” (v. 16).

Cuando se es joven, se crea. Cuando se es inteligente, se produce. No se adapta, se innova: La medianía copia; la originalidad se atreve. Y debido a que el amor es una cualidad particular de los hijos de Dios, Juan encuentra inconcebible el que alguien se llame a sí mismo cristiano y al mismo tiempo carezca de esta cualidad en su trato con los que se supone son sus hermanos.

“ *Si alguien que posee bienes materiales ve que su hermano está pasando necesidad, y no tiene compasión de él, ¿cómo se puede decir que el amor de Dios habita en él? Queridos hijos, no amemos de palabra ni de labios para afuera, sino con hechos y de verdad”* (vv. 17-18).

En toda historia de amor siempre hay algo que nos acerca a la eternidad y a la esencia de la vida, porque las historias de amor encierran en sí todos los secretos del mundo. Algunas de las hazañas más grandes de la humanidad han sido obra de personas que no eran lo bastante lista para comprender que eran imposibles. A menudo, muchos creyentes se preguntan: “¿Cómo puedo saber que realmente soy salvo?” Como sabrá, se ha ofrecido todo tipo de respuestas a esta importante pregunta. Pero el Apóstol Juan seguramente nos respondería con otra pregunta: “¿Amas a tus hermanos?”

Un signo de amor es que nosotros compartimos todo con el ser amado. Jesús no retiene nada a las espaldas de sus discípulos; Él comparte con ellos todo, incluso sus secretos más íntimos, que le fueron revelados por su Padre, y por tanto les entregó la dignidad y el privilegio de ser sus amigos. Él incluso daría su vida por el bienestar de ellos.

1. Amar como Jesús

Él acepta todas las fallas de nuestra vida y nos ama, tal como amó a esa gente que conoció en su tiempo y aparece en el Evangelio. El amor de Cristo es inmenso e incondicional, pero nosotros debemos

ser capaces de recibirlo, de abrirnos a ese amor. No podemos estar cerca de Él y aislados. No podemos negarnos a recibir su amor. Pero también si recibimos ese amor tiene secuelas: Amar sus mandamientos. Aunque no quisiera emplear la palabra 'cumplir' porque suena a una obligación onerosa, y más bien quien ama y recibe el amor de Jesús, con alegría se apresta a vivir sus mandamientos como una consecuencia natural de vivir el amor.

Como la fuente que al rebozar de agua tiende a brotar, correr, inundar y fertilizar los campos por donde pasa, así desborda el amor del que se experimenta amado. Quien vive el amor de Jesús, con espontaneidad y entusiasmo asume las mismas actitudes que Él tiene y da su amor. La consecuencia de vivir el amor es la alegría.

Hemos ido perdiendo esta capacidad de la verdadera alegría, nos han llenado la cabeza de slogans y comerciales haciéndonos creer que la alegría consistiría en acumulación de cosas que solamente nos entorpecen. Hoy seamos conscientes de este amor que nos tiene Jesús y cómo vivimos sus consecuencias: Vivir en el amor.

El amor está muy bien a su modo, pero la amistad es una cosa mucho más alta. Realmente no hay en el mundo nada más noble y raro que una amistad verdadera. La regla de oro de la Antigüedad era amar a los demás como a uno mismo. Jesús expresa que hay que 'amar como Él nos ha amado'. El ideal del amor es vivir como vivió Jesús que llegó a la cima de este amor entregando su vida en la cruz por todos sin distinción.

Esta es la 'novedad' -un mandamiento nuevo les doy-. Es un mandamiento típico e inconfundible que supera toda regla humana. Pero dar la vida no es solo morir por el hermano si se presenta la ocasión, sino gastar la propia vida para que sean felices los que viven junto a mí; soportar las malas caras, aceptar los límites del carácter de los demás, no extrañarse de sus contradicciones ni de sus pecados, aceptar a mi prójimo tal como es y no tal como debería ser o me gustaría que fuera, poner al otro por encima de mí mismo, procurar

el bien del otro por encima de mi propio bien. Y esto como valor fundamental de la vida.

Quien vive el mandamiento del amor como lo vivió Jesús es su verdadero y auténtico amigo: 'Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando'. Esta es la verdadera amistad. Esta es la amistad

Nadie tiene dominio sobre el amor, pero el amor domina todas las cosas.

que tenemos que vivir los que nos llamamos discípulos suyos. Para vivir una amistad así hay que estar muy unido a Jesús. Como dice, santa Teresa de Lisieux: "Cuanto más unida estoy a Jesús, tanto más amo a mis hermanos".

Jesús nos ofrece una precisión a la bella imagen de la vida: Permanecer en su amor. Primeramente, hace una aseveración que debemos tener muy en cuenta: "Como el Padre me ama, así los amo yo". Si retomamos todos los textos de los Evangelios que nos hablan del amor de Jesús y nos ponemos nosotros en el lugar de los favorecidos por este amor, descubriremos cómo es el amor que nos tiene. Se ha hecho hombre por nosotros, se ha hecho igual a cada uno de nosotros y por eso es capaz de comprender nuestras debilidades y caídas.

Por eso podemos sentir ese amor cercano de Jesús hacia cada uno de nosotros. Su muerte y su resurrección son por amor. No es fatalismo o capricho de los hombres, sino es camino de salvación y de amor. Podríamos hablar de muchas obras de Jesús que nos muestran ese grande amor por nosotros. Pero lo que hoy quiere resaltar el pasaje es que nosotros debemos permanecer en ese amor.

La práctica del mandamiento nuevo hace nuevo al mundo, lo renueva, lo cambia, lo transforma. La mayor contribución de los cristianos a la sociedad es la vivencia y el testimonio del amor fraterno: 'Mirad cómo se aman' decían los que veían cómo vivían los primeros cristianos. Ya dijo Jesús: 'Un poco de levadura fermenta toda la masa', y 'cuidaos con la levadura de los fariseos'.

Lo importante no es que seamos muchos o pocos, sino que seamos santos. Para esto nos eligió Jesús y nos envió al mundo para transformarlo. La misión de los cristianos en el mundo es ser como el alma en el cuerpo: Lo vivifica, lo impulsa, lo une, lo renueva continuamente, lo perfecciona. Es una misión callada pero muy eficaz; es una misión sin deslumbrar, pero brillante; es una misión sin apariencia, pero imprescindible. Sin alma el cuerpo está muerto; sin el testimonio de los cristianos el mundo va a la deriva.

a. Un amor que cuidar

La mejor manera de hacer carrera es transmitir a los demás la impresión de que ayudarte sería para ellos de gran provecho. Por otro lado, es importante notar que, si bien el amor fraternal es una cualidad intrínseca de los hijos de Dios, es también una cualidad que necesita ser cultivada. El autor de la Carta a los hebreos exhortó a sus lectores: “Sigán amándose unos a otros fraternalmente” (Hb 13,1), literalmente: ‘Permanezca el amor fraternal’, es decir: ‘Que no decaiga el amor fraterno’. Si hubiera que definir la arquitectura en pocas palabras, se diría que es la ponderadora creación de espacios.

Sin duda que la justicia cojea, pero llega. Cambia tú. Cambia radicalmente. Deja de hacer las cosas que has estado haciendo siempre. Empieza a hacer cosas que no hayas hecho nunca. Cambia radicalmente, vuélvete una persona nueva y te sorprenderás. Nunca estés esperando que el otro cambie. El escritor da como un hecho que el amor fraterno está. Pero insiste en que ese cariño para con todos los miembros de la comunidad debe ‘permanecer’, porque en ocasiones, a causa de las diferencias de opinión o por diversos conflictos, esa fraternidad o filadelfia será amenazada por el alejamiento y la indiferencia.

Se nos dice que pensemos como un hombre sabio, pero comunícate con el lenguaje de la gente. Seguidamente, mencionemos algunas maneras prácticas de cultivar el amor fraternal:

- Practicar la hospitalidad.
- Compadecerse y auxiliar a los que sufren.
- Honrar, imitar y obedecer a nuestros líderes espirituales.
- Compartir nuestras posesiones.
- Interceder en plegaria los unos por los otros.

La libertad está en ser dueños de la propia vida. Dios nos ha dado un perfil y nosotros nos hacemos otro. Encontramos una enseñanza relacionada en la carta de Pablo a la Comunidad de Filipos. En el mismo capítulo donde presenta la actitud de Cristo en su humillación obediente como un ejemplo a seguir, el Apóstol les escribe a sus amigos que “cada uno debe velar no sólo por sus propios intereses sino también por los intereses de los demás” (Flp 2,4). Pues la amistad puede convertirse en amor. El amor en amistad, nunca. Porque la libertad no es poder actuar arbitrariamente sino la capacidad de hacerlo sensatamente.

La enseñanza es clara: En la Iglesia de Dios, no es moralmente correcto para ninguno de sus miembros pensar solo en sí mismo. La Iglesia de los filipenses era una comunidad ejemplar en muchos sentidos, pero en esos momentos se estaba presentando cierta fricción en las relaciones fraternales de dos de sus miembros, dos hermanos que habían sido muy valiosos en el ministerio. Nada pone más en riesgo el amor fraternal de una comunidad que los conflictos interpersonales no resueltos. Y cuando los afectados directos no logran resolver sus diferencias por sí mismos, otros deben ofrecer ayuda.

Esto hace parte de la lealtad que nos debemos unos a otros. Estamos de acuerdo en que no es algo cómodo intervenir en los conflictos interpersonales de otros, pero es mejor hacerlo que dar lugar a los chismes y las malas sospechas, que además de ser también incómodas, son destructivas.

b. No te quejes de sufrir

Agustín de Hipona, dice: “Entrégate a Dios, no temas, porque si Él te pone en la lucha, ciertamente no te dejará sólo para que caigas”. O como enseña el profeta Isaías:

“

No temas, pues yo estoy contigo; no mires con desconfianza, pues yo soy tu Dios; yo te he dado fuerzas, he sido tu auxilio, y con mi diestra victoriosa te he sostenido. Todos los que se lanzan contra ti serán avergonzados y humillados; tus adversarios serán reducidos a la nada y perecerán. Buscarás a tus contrarios, pero no los hallarás; serán totalmente derrotados, reducidos a la nada los que te hacían la guerra. Yo, Yahvé, soy tu Dios; te tomo de la mano y te digo: No temas, que yo vengo a ayudarte” (Is 41,10-13).

No te quejes de sufrir, que así aprendes a socorrer. El secreto de la felicidad es tener gustos sencillos y una mente compleja, el problema es que a menudo la mente es sencilla y los gustos son complejos. Pensemos en la grandeza de los antiguos, sobre todo de la escuela socrática, y en cómo ésta pone ante nuestros ojos la fuente y el hilo conductor de toda vida y toda actividad, y estimula no a una especulación vacía, sino a vivir y actuar.

Cada experiencia lleva en sí misma su enseñanza. Todos los hombres se parecen por sus palabras; solamente las obras evidencian que no son iguales. Hay que admitir que ninguna comunidad en el mundo es perfecta, y esto implica también que el amor fraternal en cualquiera de ellas será imperfecto. No podemos huir de esta realidad. Sin embargo, cada uno de nosotros tiene la opción de comprometerse y trabajar por mejorar esta condición. ¿Le preocupa que en su comunidad se perciba poco amor? La alternativa no es huir, sino amar.

El amor es como el fuego, que si no se comunica se apaga. No perdiste a nadie, el que cayó, simplemente se nos adelantó, porque para allá vamos todos. Además, lo mejor de él, el amor, sigue en tu corazón. Se cuenta de cierto hombre que veía toda clase de problemas en su comunidad. Así que decidió que la abandonaría para buscar otra que fuera perfecta. Antes de irse, alguien le dio el siguiente consejo: ‘Cuando encuentres la comunidad perfecta, por favor asegúrate de no unirte a ella, porque la arruinarías’. ¡Un sabio consejo, sin lugar a dudas!

Hoy Jesús todavía nos invita a una amistad con Él. Él quiere revelarnos incluso más cosas que el Padre le ha revelado a Él. La comunidad a la que pertenece puede ser la más imperfecta del mundo, pero si es una comunidad de Cristo, todavía hay más amor dentro de ella que en el resto del mundo allá fuera. Quédese y ame. Alguien podría estar necesitando el abrazo que usted puede dar.

Mientras más me doy cuenta que soy amado infinitamente, más soy capaz de compartir esta reserva de amor con personas que lo necesitan. No tengo que esperar que la otra persona me ame, así como Dios no espera mi amor, sino que inicia la relación.

3. El llamado a la misericordia

¿Qué quiere decir, ser misericordioso como el Padre celestial es misericordioso? ¿Con qué medida voy midiendo a los demás y a mí mismo? Pues misericordia con las obras, no con las palabras. ‘Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo’ (v. 36). No te ates a las sospechas o a los hombres que te llevan a escandalizarte de ciertas cosas. Porque los que, de una u otra manera, se escandalizan de las cosas que les ocurren, las hayan o no querido, ignoran el camino de paz que, recorrido con amor, llevan al conocimiento de Dios a los que se sienten atraídos por Él.

“En cambio, a vosotros los que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, no le impidas que tome también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien solo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de los que esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores, con intención de cobrárselo. Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno con los malvados y desagradecidos. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros” (Lc 6,27-38).

Son muchos los pasos de las enseñanzas de Cristo que ponen de manifiesto el amor-misericordia bajo un aspecto siempre nuevo. Basta tener ante los ojos al Buen Pastor en busca de la oveja extraviada o la mujer que barre la casa buscando la dracma perdida. El evangelista que trata con detalle estos temas en las enseñanzas de Cristo es Lucas, cuyo Evangelio ha merecido ser llamado ‘el Evangelio de la misericordia’.

Con la medida con que midan, se les medirá. Ir sobre el camino de Jesús, que es el amor; ser misericordiosos como el Padre es misericordioso. Es darse a sí mismo, dar el corazón, precisamente a los que no nos quieren, que nos hacen mal, a los enemigos. Esta es la novedad

del Evangelio. Jesús nos muestra que no hay mérito en amar a quien nos ama, porque eso también lo hacen los pecadores. Los cristianos, sin embargo, estamos llamados a amar a nuestros enemigos. Hacer el bien y prestar sin esperar nada a cambio, sin intereses y la recompensa será grande. El Evangelio es una novedad. Una novedad difícil de llevar adelante. Pero significa ir detrás de Jesús.

En el ejercicio de la vida Jesús nos propone el amor a nuestros enemigos como el ideario que pone en tela de juicio nuestras opciones más profundas. Es un argumento subversivo: Cambia de raíz los esquemas del corazón humano. Hacer el bien a los que nos persiguen y prestar sin esperar nada. ¿Cómo podemos amar a quienes no nos aman? Es más, ¿cómo podemos amar a quienes sabemos que nos quieren mal? Llegar a amar de este modo es un don de Dios, pero es preciso que estemos abiertos a él.

La compasión será el nombre del amor, y tenemos en el Padre un modelo sobre cómo ejercerla: Sin enjuiciar a los hermanos, sin ser dados a la condena, mostrando el perdón con generosidad. El modelo es el Padre que en su misericordia desea que todos estemos con Él. La recompensa aparte de no provocarnos úlceras estomacales por andar nerviosos y buscando la ocasión de la venganza es ser hijos del Dios Altísimo. En el corazón de Jesús está presente este deseo de que todos actuemos así. Parece una utopía, pero se hace realidad cuando nosotros escuchamos el mensaje y lo practicamos.

En nuestra sociedad, amamos a los que nos aman; hacemos el bien a quienes nos lo hacen y préstamos a quienes sabemos nos lo van a devolver. Una conducta muy razonada, que no compromete en nada. Pero obrando así, ¿qué es lo que nos distingue de los que no tienen fe? Al cristiano se le pide un 'plus' en su vida: Amar al prójimo, hacer el bien y prestar sin esperar recompensa, pues eso es lo que hace Dios con nosotros, que nos ama primero para que nosotros le amemos.

Tenemos que adelantarnos a hacer el bien, para despertar en el corazón de los otros sentimientos de perdón, de entrega, de generosidad,

paz y gozo; así nos vamos pareciendo al Padre del cielo y vamos formando en la tierra la familia de los hijos.

Perdonar puede exigir tiempo. El perdón no consiste en un acto de la voluntad, que lo arregla rápidamente todo. Por lo general, el perdón es el final de un proceso en el que intervienen también la sensibilidad, la comprensión, la lucidez y, en el caso del creyente, la fe en un Dios de cuyo perdón vivimos todos.

Para perdonar es necesario a veces compartir con alguien nuestros sentimientos. Perdonar no quiere decir olvidar el daño que nos han hecho, pero sí recordarlo de la manera menos dañosa para el ofensor y para uno mismo. El que llega a perdonar se vuelve a sentir mejor. No hay que juzgar, hay que abrir el corazón y ser misericordioso como el Maestro, que nos ofrece el amor fraternal.

Jesús quiere ser su amigo, su hermano, maestro de la verdad y de la vida, que les revela el camino a seguir para llegar a la felicidad, a la realización de ellos mismos, siguiendo el proyecto de Dios para cada uno de ellos. Esta amistad de Jesús, que nos trae la misericordia y el amor de Dios, es gratuidad, puro don. Él no les pide nada a cambio, solo les pide que lo reciban. Jesús quiere amarlos por lo que son, incluso en su propia fragilidad y debilidad, para que, tocados por su amor, puedan ser renovados.

Culminemos con esta alabanza reconociendo el amor de Dios entre nosotros.

Tú eres mi gozo

(conf. 10,22,32).

“¿Lejos, Señor?,
lejos de mi corazón,
que se desnuda ante ti;
lejos de mi pensamiento
el considerarme satisfecho
con cualquier alegría o placer!

Hay un gozo
que no puede ser percibido por los
depravados.

Sólo quienes te sirven generosamente
son capaces de sentirlo.

Tú mismo eres ese gozo:
El placer, la felicidad está en gozar de ti,
en gozar para ti,
y en gozar por ti.

Esta es la verdadera felicidad y no otra.
Quienes fijan su felicidad en otros objetivos
buscan otra cosa,
no la auténtica felicidad,
no el verdadero placer”.

Amén.